

# ***Sobre Quién como yo de Damián Hernández***

**Por Rubén Mettini**

*Quién como yo* es un relato global, como un fresco, como si viéramos la Capilla Sixtina y consiguiéramos entender los misterios de la creación. Damián Hernández inventa una nueva isla: Lotavia. La dibuja con su capital, con sus ensenadas, sus acantilados y sus puertos. Allí instaura a sus dos personajes. Dos reverses de una moneda que están tocándose pero nunca llegan a verse realmente. Dos caras que consiguen llegar a conocerse en esa larga charla en un bar, una conversación que parece durar eternamente. En esa charla se va conociendo desde la juventud hasta la vida adulta todo lo que les ocurrió a esos hombres. Se nos cuenta también lo que los rodea: los espacios, el trabajo, los amores, los avatares de cada una de esas vidas tan diferentes, que se cruzaron en algún momento y siguieron existencias muy opuestas.

El autor tiene un enorme respeto por la Literatura con mayúsculas. Su intención es construir una novela grande y esta intención se advierte a cada página. Desde el principio, se siente que el autor tiene todo los hilos ligados, sabe dónde quiere llevar la trama, posee una visión global de la historia. La trama es culta, hallamos la invención del mapa, la relación de unas pinturas con la vida de los protagonistas y el tema del doble que nos hace pensar en Jorge Luis Borges. Y todos estos elementos cuajan. No hay nada puesto allí al azar o introducido por un criterio manierista. El lector tiene la impresión de que cada línea de la trama está meditada y construida con esmero.

A medida que deshilvanamos la trama vamos dándonos cuenta de cómo está ligado ese argumento a una prosa preciosista. El autor se expresa con las palabras justas, precisas, sabe cómo definir los objetos más extraños, utiliza una lengua muy vasta, muy rica. Para mí resultaba un goce tomar esa novela y sumergirme en la prosa. A muchos lectores podría resultarles antigua o desfasada o tal vez excesivamente precisa, pero el lector que aprecie las grandes novelas quedará fascinado con ese rigor lingüístico.

Y la novela va planteando incógnitas. ¿El lector debe creer lo que cuenta un personaje o el otro? ¿Cuál de los dos nos está engañando o se engaña a sí mismo? Uno debe participar oyendo las confesiones y decidir, si lo consigue, qué protagonista está mintiendo. O quizás ambos cuenten su propia verdad. Y por encima de la verdad se halla el valor de la Palabra, a quien esta novela rinde homenaje.

Al terminar tuve la impresión de haber leído una de las mejores novelas canarias del 2015 y deseé que Damián Hernández nos siga regalando con más relatos tan perfectos como este.